

SUMARIO

Enseñanzas de la guerra del Rif, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—*Deber de cortesia*.—*Nueva orientación de la instrucción de las tropas*, por el Capitán Subrio Escápula.—*Un juicio francés sobre la campaña del Rif*.—*Nuevo concepto de la enseñanza militar*, por Antonio García Perez, capitán profesor en la Academia de Infantería, con aptitud acreditada de E. M.

BIBLIOTECA

Pliego 34 de «Topografía Militar», por D. José Ferré Vergés, comandante de ingenieros.
Pliego 7 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Perez.
Pliegos 1 y 2 de «Manual de Paso de obstáculos», por D. Mario Gimenez Ruiz.

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA DEL RIF

VIII.—*El plan estratégico*

En la primera decena de septiembre quedaron terminados los preparativos para emprender las operaciones ofensivas en grande escala, esto es, para desarrollar el plan estratégico que debía poner feliz remate á la campaña. Las tropas estaban bien instruidas y familiarizadas con el enemigo; dispuestos los abastecimientos y las columnas de víveres y municiones; organizadas las unidades estratégicas; preparadas las bases eventuales para el avance, y reducido definitivamente el adversario á la defensiva. Había llegado el momento de obrar y de asumir una iniciativa resuelta y perseverante; en la Península se reputaba indudable el objetivo que íbamos á perseguir, puesto que todos estaban de acuerdo en que no podía ser otro que el Gurugú; algún espíritu más sagáz elevaba el punto de vista y sentaba, con razón, que el objetivo no podía ser un punto del terreno, sino exclusivamente el enemigo, siguiendo en esto las viejas máximas de la guerra, restablecidas por Napoleón en la época moderna y más recientemente por Moltke; pero ni entonces, ni después, ni ahora, se ha examinado este asunto dentro de los límites de la realidad, dejando aparte las teorías de la gran guerra, inaplicables al caso que nos interesa.

No hay plan de operaciones posible sin objetivo definido y concreto. ¿Cuál había de ser nuestro objetivo en el Rif? *A priori* cabían tres soluciones: 1.º La destrucción del harca; 2.º La ocupación del territorio enemigo, en lo que fuera compatible con los tratados y convenios internacionales; 3.º La sumisión de los rifeños mediante un método mixto de ocupación y de acción.

Con el enemigo irregular que teníamos enfrente, no cabía la destrucción del harca; tampoco hubiera sido factible si se tratara de una guerra con el Imperio. Tanto en una hipótesis como en la otra, pero más especialmente en la primera, la consecución de este primer objetivo eminentemente militar nos hubiera conducido á una guerra de conquista, cuya posibilidad ni siquiera en hipótesis podía admitirse, por muchas y diversas razones que no es menester enumerar. Derrotado el adversario en Guelaya, los montes que se alzan más al S. y al O. le hubiesen brindado amparo y refugio donde continuar la resistencia, obligándonos á internarnos en regiones que se hubiesen alzado en armas al sentirse holladas por las plantas de los cristianos; para obtener un fin tan decisivo, no era Melilla base á propósito, puesto que la línea natural de operaciones la señalaba con claridad el Muluya, camino al corazón de Marruecos, flanqueado por un ejército auxiliar que operara en el otro extremo del Rif con objeto de privar á esa región del apoyo de las que se encuentran más al interior. Admitiendo que desde Melilla quisiéramos emprender un avance enérgico que sólo terminara con la destrucción de los grupos rebeldes, no hubiéramos tenido más remedio que llegar á Tazza y extendernos por el litoral del O., con resultados problemáticos en todos los casos y dando á la campaña un carácter y un alcance reñidos con nuestras conveniencias y con el estado de la política europea. Imponiase, por consiguiente, moderar nuestras aspiraciones militares, y hacerlas compatibles con otros órdenes de atenciones, no menos respetables.

Ello conducía á restringir la guerra á una mera ocupación de territorios, problema fácil ciertamente y de realización pronta y poco sangrienta. Pero entonces se hubiesen caído en un mal grave: no escarmentados ni castigados rudamente los rifeños, nos hubieran mantenido en constante estado de guerra, agrediéndonos casi á diario y esterilizando en absoluto los frutos de la ocupación.

No quedaba, pues, otro partido razonable que el tercero: ocupar el territorio, pero después de haber castigado á los rifeños y de haber llevado á su espíritu el convencimiento de nuestra superioridad y la inutilidad de seguir haciendo armas contra nosotros.

La consecución de este objetivo excluía el avance resuelto y directo, toda vez que obrando así se cayera en los peligros de la primera solución; tampoco cabía el avance lento y envolvente, cuyas consecuencias habrían sido las de la segunda solución. Se imponía un método especial, basado más en la astucia y en el conocimiento del carácter rifeño, que en los principios militares, y á él se acudió. Este método debía consistir en simular avances, señalar ataques, de modo que el enemigo tuviera conocimiento previa y oportunamente de ellos, para que pudiese aprestarse á la resistencia en los parajes menos peligrosos para nuestras armas, y conquistar por sorpresa ó poco menos los lugares de más fácil defensa.

En una palabra, simulando obrar con torpeza, íbamos á obligar al enemigo á combatir en donde se nos antojase y no en donde él quisiera, y una vez obtenido este primer resultado, la ocupación del territorio quedaba relegada á mera y natural consecuencia, trocándose de esencial en accidente.

Mas aunque fuera esta la mente del comandante en jefe, la existencia del Gurugú, metido á modo de cuña en nuestra línea, era un obstáculo opuesto á nuestros movimientos y un peligro evidente apenas rebasáramos los límites de nuestro campo. Según esto, lo primero era ocupar el Gurugú, no como objetivo militar, sino como preliminar de él.

De esta suerte, el plan de operaciones iba á consistir: primero, en la conquista del Gurugú; después, en maniobrar de modo que el adversario presentara resistencia sin salirse del perímetro señalado á nuestra esfera de influencia, única manera de abatirle y hacer efectiva la ocupación posterior. Claro es que la segunda parte de este plan, debia subordinarse á las circunstancias, al fruto de los primeros combates y al estado del enemigo, por lo que ni podia predecirse el fin de la guerra, ni siquiera adivinar con cierta aproximación sus diferentes fases.

Descartado el ataque de frente al Gurugú, podíamos intentar el ataque envolvente efectuado por una de las alas, ó mover las dos en combinación. Cualquiera de ambas maniobras cae de lleno y exclusivamente en el terreno de la estrategia, lo que nos mueve á estudiarlas.

A mediados de septiembre, el ejército de África estaba organizado en tres divisiones y un cuerpo mixto de reserva; una división en Quebdana, en comunicación con la base por el litoral y Mar Chica; otra división en los límites occidentales del campo, abrazando los caminos que desde él se internan en la península de Tres Forcas; la tercera división sin destino al parecer concreto, por el momento; y las tropas afectas al cuartel general, ocupando la plaza y los fuertes y posiciones avanzadas.

Impuesta la situación de la primera división por la necesidad, ya cumplida, de pacificar los territorios inmediatos al Muluya, para toda maniobra que no hubiera de desenvolverse hacia la parte de Zeluán se disponía de dos divisiones, núcleo más que suficiente, por su efectivo, para cualquier género de operación, pero que no podia emplearse con la debida libertad, por faltarnos la línea interior.

El envío de una de las divisiones del sector O. al otro sector habia de realizarse presentando el flanco al Gurugú y marchando en una sola columna, lo que despojaría á la maniobra de los necesarios requisitos de rapidez, orden y efecto de sorpresa, tan convenientes para su completa eficacia.

La situación de las tropas aconsejaba, por consiguiente, formar dos alas de maniobra, fuerte de una división la izquierda y de dos divisiones la otra, y mantener el centro en actitud expectante, como unión entre las dos alas y apoyo, en lo posible, de la que lo hubiera menester.

Dentro de ese orden de batalla, podía admitirse el avance simultáneo de ambas alas, ó el ataque emprendido por una de ellas mientras la otra efectuaba una demostración.

Ateniéndonos al aspecto militar, parece que la solución preferible hubiera sido el movimiento envolvente combinado, por ser el que reducía al mínimo las probabilidades de un contratiempo y el de resultados más rápidos é inmediatos. En efecto, dueño el enemigo de la línea interior y acechando y descubriendo desde las elevadas atalayas del Gurugú nuestros movimientos y la composición y efectivo de nuestras columnas, le era fácil, más que posible, concentrar sus contingentes en el punto verdaderamente amenazado, antes de que nosotros pudiéramos llegar á las llaves tácticas de los dos extremos, y de este modo el ala de maniobra hubiera tropezado con la resistencia de toda el harca reunida. Avanzando simultáneamente por los dos flancos, ó se dividía el harca, quedando débil en uno y otro lugar, ó se concentraba, y en este caso, aunque una de nuestras alas se viera detenida en su avance, el éxito logrado por la otra —la dejada libre por el enemigo— hubiera comprometido seriamente [la posesión del Gurugú por nuestros enemigos, por reducir á una zona estrecha y á un solo haz de caminos el enlace de aquella sierra con los montes del interior: el efecto apetecido se hubiese logrado así de todas maneras.

Para el avance combinado, nada mejor que conservar la disposición de tropas existente: dos divisiones en el sector más difícil y menos amenazado desde nuestro campo, el occidental, y una división en los llanos de Nador y Zeluán, que sobre prestarse mejor á la acción de nuestras armas, estaban ya en parte amenazados desde las posiciones avanzadas Atalayón y Sidi Amet. Todo induce á creer que ese plan era el de resultados militares más rápidos, decisivos y seguros; sin embargo, el adoptado fué el primero, el del avance sucesivo, alternativamente escalonado.

Poco comprendido y todavía hoy mal apreciado este plan, fué á nuestro juicio, el más acertado, el mejor, dado el objetivo que se perseguía y que antes hemos detallado.

La maniobra combinada y simultánea adolecía del defecto de ser demasiado decisiva. La división de la izquierda, apoyada por la brigada de reserva en caso necesario, constituía un núcleo más que suficiente para tomar Zeluán y Nador, y las dos divisiones de la derecha hubiesen arrollado sin género ninguno de duda toda resistencia que se les opusiera en la península de Tres Forcas, y como los rifeños habían dado múltiples muestras de su sagacidad, que les inducía á empeñar la lucha únicamente cuando contaban con fuerzas superiores, les favorecía de un modo extraordinario el terreno y tenían asegurada la retirada, al menos conocedor del carácter marroquí se le alcanzaba que en cuanto pusiéramos en movimiento simultáneo ambas alas para envolver el Gurugú,

el enemigo lo evacuaria y sin presentar resistencia se replegaria á los nudos montañosos que se alzan más al S., cayéndose entonces en las inconvenientes contingencias de ocupar el territorio sin haber antes escarmentado al harca, ó en las más temibles todavia de tener que llevar la guerra al interior, adelantando hacia Tazza más de lo que la prudencia aconsejaba.

Hubo pues que descartar esta combinación, que parecia la mejor en el concepto militar, y basar las maniobras futuras en la torpeza é ignorancia de los moros; de otra manera, sin dejar de apoderarnos del Gurugú, era menester que los rifeños nos presentaran batalla sin salir de la zona á que por motivos ajenos á la estrategia debían limitarse las operaciones.

A este efecto, convenia obrar con cierta lentitud, para dar tiempo á la concentración del enemigo; operar de un modo sucesivo, con objeto de que los rebeldes pudiesen creerse lo bastante fuertes para oponerse al avance de sólo una parte de nuestras tropas; y simular que sentiamos una inquietud, una vacilación, que estaban muy lejos de albergarse en el corazón de ningún general, oficial, ni soldado.

En consecuencia, se acordó que avanzaran alternativamente las alas, sirviendo la división de Cazadores para apoyar el movimiento de la que efectuara el ataque, para lo cual se trasladaria de un extremo al otro del orden de la batalla, marchando con el flanco al Gurugú y sin apresurar la maniobra á fin de que la advirtieran los rifeños y pudieran acudir al punto amenazado; además, se guardó un semi-secreto sobre las órdenes y preparativos del avance, consiguiéndose así que los moros creyeran que sorprendian nuestros planes y pusieran más empeño en resistir. En resolución, se utilizaron todos los medios adecuados para no dar golpes en vago y; para que la campaña se resolviera sin necesidad de internarnos, lo que no hubiera dejado de complicar la guerra. Los hechos demostraron la bondad de este método, y las operaciones tuvieron un fin imprevisto para muchos que se empeñaban en estudiar el caso desde el punto de vista exclusivamente militar. Y añadiremos, aunque solo sea de pasada, que la guerra terminó pronto, pero que el término hubiera llegado mucho antes si el desarrollo táctico se hubiese acomodado estricta y completamente á la concepción estratégica, según veremos al ocuparnos en los combates de septiembre.

El plan expresado no carecia de algún peligro, pues podia acontecer que los rifeños no extremasen la resistencia y se replegaran lentamente al interior con escasas bajas; de tener lugar así las cosas, hubiésemos caído en la contingencia, que queriamos evitar, del avance simultáneo de las dos alas sin ninguna de las ventajas de esta maniobra. Se contaba empero con que el enemigo caería en el lazo, y en último término era de esperar que la protección á los indígenas que no hicieran armas contra nosotros, junto con la destrucción de las propiedades de los que no se

sometieran, compensarían en cierto modo la deficiencia de la acción militar. Y es indudable que la excelente disciplina del ejército, los sentimientos levantados y generosos del soldado español, y el buen espíritu reinante en las tropas, hacían fácil más que posible aquella tan delicada política de la guerra. Por otra parte, la proximidad de la estación de la siembra y el tiempo iban á sernos buenos auxiliares.

Frente á un ejército regular, el plan adoptado condujera casi seguramente á un serio descalabro; las mismas operaciones del ala izquierda en Quebdana nos habrían llevado á la derrota de dichas fuerzas. Pero lo que es conveniente y está indicado en una guerra regular, puede dejar de serlo contra fuerzas irregulares, y recíprocamente. En cada ocasión hay que amoldarse á las circunstancias, porque tanto se yerra fundando en motivos pequeños y contingentes el plan de una guerra grande, como tratando de engrandecer y mantener en la esfera de las sublimidades el desarrollo de una pequeña guerra. No fué la guerra del Rif, ni lo han sido las campañas de ingleses y franceses en Africa del Norte, ni lo serán las que se emprendan en Marruecos, salvo el caso de guerra de conquista ó de real invasión, una campaña cuyas líneas generales quepan dentro de una docena de principios estratégicos.

Mas no quiere esto decir que en el Rif siguiéramos una conducta caprichosa, reñida con el verdadero arte, nada de eso. Todas las operaciones llevadas á cabo desde principios de septiembre, se ajustan á un método riguroso y se inspiran en sólidos principios; lo único que hay que observar es que las soluciones aceptadas, sin salirse de las que ofrece la ciencia de la guerra, no son las mejores en teoria, en el terreno de las ideas, pero sí las más convenientes para el problema planteado en la realidad.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

DEBER DE CORTESÍA

Solo un deber de grata cortesía nos mueve á dedicar algunas líneas á la impugnación que el ilustre general portugués Moraes Sarmiento hace, en el número de la REVISTA MILITAR del mes de marzo, al artículo que publicamos en el número del 25 de enero de este año bajo el título de "*Inglaterra, Portugal y España*".

Prescindiremos de las amables explicaciones que el general Moraes Sarmiento se sirve darnos acerca de la defensa de costas y de lo erróneo de recurrir al sistema de línea continua para defenderlas, porque esperamos que dicho general nos hará la justicia de reconocer que no ignoramos los

fundamentos modernos de tal defensa, fundamentos que no son secretos para el más insignificante alumno de cualquier Academia militar; pero lamentamos que un escritor tan concienzudo como es nuestro distinguido contradictor, se haya valido de la frase que escribimos, y repetimos aquí, "defensa de las costas portuguesas", para atribuirnos el concepto de que sosteníamos la tesis de que convenia fortificar y artillar *todo* el litoral portugués. Si ese sistema de argumentación se generalizara, ni se podria hablar de defensa de fronteras, ni siquiera de defensa de posiciones. Precisamente una de las ventajas de los escritos técnicos, que como es natural se dirigen á personas igualmente técnicas, consiste en servirse de las frases que sintetizan las ideas, sin necesidad de entrar en pormenores que apartan y desvian la atención del asunto principal.

El punto de vista de nuestro artículo, punto de vista en que nos afirmamos ahora, es el siguiente. Para que la alianza de un pueblo débil con otro poderoso reporte positivos beneficios al primero en caso de guerra, es menester que aquél, el débil, haga valer por todos los medios las ventajas naturales que por su situación ó la particular configuración de su territorio posea; sin ésto, el débil no será mas que un juguete del poderoso, exponiéndose además á ser atropellado por los adversarios de este último, si resulta vencido. Es decir, contrayéndonos al caso de Portugal, que la alianza de Inglaterra con Portugal sería de más valor para la Gran Bretaña si nuestros vecinos defendieran el litoral—en uno de sus puntos ó en cien—y ofrecieran buenas bases en el Atlántico á las flotas británicas, que si se buscara fundamento á la alianza en otros órdenes de intereses. El General Moraes Sarmiento no es de este parecer, y entiende que la alianza luso-inglesa descansa en otro género de conveniencias; he aquí textualmente sus palabras: "Confiamos, por consiguiente, en la solidez de la alianza luso-inglesa, menos aun por las ventajas que podemos ofrecer á la Gran Bretaña, aunque ellas sean importantes, que por el peligro considerable que vendria á constituir para aquel país la unidad política de la península ibérica".

Véase pues cómo nosotros buscamos para las alianzas un fundamento estratégico y de orden positivo, mientras que el general Moraes Sarmiento les atribuye como base una hipótesis tan vaga y quimérica como la unidad ibérica, lo cual no supone menos que una guerra previa de conquista, bien de Portugal contra España, ya de nosotros contra Portugal. Los dos puntos de vista son tan diferentes, que ni pretendemos convencer al Sr. Moraes Sarmiento, ni éste podrá llevarnos á participar de su teoría.

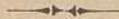
Pero en el párrafo copiado se descubre también el recelo que despierta en el ilustre escritor portugués nuestra nación; recelo de todo punto injustificado, porque no hay un sólo español que alimente el descabellado deseo de apoderarse de Portugal, y porque la historia, que tan bien domina el general Moraes Sarmiento, apenas ofrece un caso igual al de nuestros dos

reinos, vecinos, con extensísima y abierta frontera, y que hayan guerreado entre sí tan pocas veces.

Por eso precisamente nos complacería—repetiendo lo que decíamos en nuestro artículo—que portugueses y españoles atendieran en primer término á los intereses militares que les son comunes, lo que sería garantía para uno y otro, en lugar de debilitarse por celos mútuos y dejar abiertas sus puertas, que al dar entrada á uno de los dos reinos permiten también el paso al otro, á las naciones poderosas.

En otro concepto, no se nos alcanzan los puntos de semejanza que existen entre las alianzas luso-inglesa, la anglo-japonesa y las contraídas por Alemania. Que sepamos, no se encontrará Portugal entre dos rivales tan poderosos como los que rodean á Alemania, sin contar la misma Inglaterra; ni tampoco se encuentra Portugal, ni ninguna de sus colonias, con respecto á la Gran Bretaña, en la situación del Japón con relación á la India, causa directa del tratado anglo-japonés.

Y con esto damos por terminada la réplica, haciendo constar que, fuera de dos ó tres puntos que el general Moraes Sarmiento toca más bien incidentalmente que como esencia de su artículo, estamos de acuerdo con lo que expone, por cuanto su contestación se aparta de la idea madre que sustentamos. Por otra parte, como la controversia, por correcta que sea, conduce á separar más que á unir, y el objeto de nuestro escrito era principalmente demostrar que los dos pueblos hermanos tienen intereses militares comunes, no volveremos á tratar esta materia; lo cual no es óbice, al contrario, para que testimoniemos una vez más al general Moraes Sarmiento nuestra consideración y respeto, y para que sigamos con atención invariable los estudios técnicos de tan prestigioso militar, honra de las letras portuguesas y paladín infatigable del progreso de las instituciones armadas.



NUEVA ORIENTACIÓN DE LA INSTRUCCIÓN DE LAS TROPAS

La reciente R. O. circular sobre instrucción de las tropas es una de las medidas más acertadas y de consecuencias más trascendentales, si se ejecuta bien, que se han dictado en los últimos años. De expresión modesta, lenguaje sencillo, sin caer en el defecto de la extrema prolijidad, y sin incurrir tampoco en la vaguedad de los conceptos generales, señala esa R. O. una orientación completamente moderna, impuesta además por la experiencia de la última guerra.

La educación moral, la formación de los sentimientos y del corazón del soldado, es lo primero; sin ello, el ejército no pasa de ser un organismo sin vida, una máquina que se descompone ó funciona mal á poco que sufra los embates de la desgracia.

Y al mismo tiempo, era menester que se oxigenara la atmósfera en que venía desenvolviéndose la instrucción teórica y práctica, basada en gran parte en rutinas y convencionalismos.

A ambas órdenes de necesidades atiende la disposición referida; pero además encontramos en ella, nuevos puntos que serán sin duda recibidos con júbilo general. Tales son, entre otros menos importantes: la personalidad é iniciativa que se reconoce á los capitanes y jefes de cuerpo; la organización y maniobras mixtas, no como ejercicio excepcional, sino como método corriente y normal; las marchas y operaciones nocturnas; las conferencias á los reclutas por jefes y oficiales de las diferentes armas y cuerpos, etc. Y para que la poderosa fuerza de la costumbre inveterada no sea obstáculo á la implantación de tan excelente reforma, se tiene en cuenta la consabida objeción fundada en la falta de soldados; falta que á veces lo es de la voluntad y no de soldados, dictándose reglas para los períodos en que los cuerpos cuenten con escasas fuerzas.

Tantas veces, en todos los tonos y por innumerables jefes y oficiales, se han proclamado las ventajas y la necesidad de la instrucción moderna, que el ejército está obligado á responder con el mayor entusiasmo á la iniciativa del Sr. General Aznar. Ha llegado la ocasión de demostrar que el amor al trabajo no es meramente platónico, ó si se quiere literario, sino que se siente de verdad. El impulso está dado, la dirección bien marcada: todos hemos de echar á andar.

Para ello es menester que todos y cada uno de los que visten uniforme se percaten del alcance de esa R. O. Por ella no se crean divisiones, ni siquiera regimientos, ni se acometen problemas grandiosos, que suelen traducirse en múltiples estados; se tiende mucho más que á eso, se tiende á formar oficiales y soldados que merezcan el nombre de tales. Y á fin de cuentas, eso es lo principal, lo indispensable y lo urgente.

Si el ejército se pone en movimiento, los medios que le faltan no tardarán en llegar, impuestos por la fuerza misma de las cosas; pero si no se desecha la atonía ¿con qué autoridad se podrá pretender que se efectúen nuevos gastos y se mejore el estado de cosas existente? Es menester demostrar que se merece lo que se pide y que se sabrá manejar el instrumento perfecto que se ansia. En esto, como en todos los órdenes de la vida social, la prueba ha de preceder al premio. Entramos en un período de demostración de nuestras aptitudes; sépanlo todos, por que si lo saben y se penetran de la importancia del caso, se tendrá mucho adelantado para conseguir la tan anhelada reforma íntima y esencial.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA



UN JUICIO FRANCÉS SOBRE LA CAMPAÑA DEL RIF

En el último número de la *Revue Militaire des Armées Etrangères* se inserta un breve juicio sobre nuestra campaña en el Rif; sirve de remate á la somera descripción de las operaciones hecha por la misma Revista, descripción bastante exacta en sus líneas generales, aunque en ella no se desciende al estudio de las verdaderas causas de algunas maniobras. Con todo, palpita en la reseña un alto espíritu de imparcialidad, y no se observan en ella los apasionamientos y la ligereza que, al tratar de nuestro país, se nota en una parte de la prensa militar francesa. El trabajo del órgano del Estado Mayor del ejército vecino es el mejor que sobre el mismo asunto ha aparecido en la República del Norte. Por esto mismo tiene más importancia el mesurado y prudente juicio que á continuación traducimos, el cual encierra una doble enseñanza: la directa, que se desprende del escrito; la indirecta, resultante de la comparación entre la templanza y el elogio que se encuentran en los periódicos extranjeros serios, y la viveza é impresionabilidad españolas.

He aquí el juicio:

"1.º—*Desarrollo general de la campaña.*—Cuando se examina en su conjunto el esfuerzo militar realizado, resalta la perseverancia y la tenacidad desplegadas por el gobierno español. Los primeros encuentros fueron revéses muy penosos para el amor propio nacional; graves motines estallaron en toda una región de la Península; la utilidad, la legitimidad misma de la acción militar en el Rif fueron discutidas; la nación y sus directores supieron elevar su valor á la altura de estas dificultades y de estas decepciones y conservar su confianza en el jefe experimentado que había recibido el encargo de dirigir las operaciones; no se le regateó dinero, ni tiempo; se le recomendó simplemente que economizara, en lo posible, las vidas de sus soldados.

"2.º—*Preparación.*—La agresión del 9 de julio no cogió á España desprevenida. En previsión de una guerra que hacia dos años parecía cada vez más cierta, el Gobierno había adquirido un importante material de guerra.

"Tal vez, en compensación, la instrucción de la tropa fuera algo descuidada. Bajo la presión de las necesidades económicas, se había continuado la práctica de conceder, sobre todo á las tropas á pie, licencias temporales á los quince, doce y aun seis meses de servicio. En estas condiciones, no disponiendo los cuadros más que de unidades en esqueleto, no pudieron familiarizarse lo bastante con los métodos de la guerra moderna. Además, las unidades movilizadas quedaron compuestas, en sus tres cuartas partes, de hombres llamados al servicio activo y que habían olvidado lo poco aprendido, por lo que ni fueron buenos tiradores, ni bue-

nos exploradores. Hubo, pues, necesidad de reemplazar la calidad por el número, y el mando se vió obligado á obrar con más circunspección frente al enemigo. Cabe preguntarse si el aumento de gastos que de ello resultó no fué superior á los sacrificios que habria costado el mantener sobre las armas, durante años enteros, los 25.000 hombres disponibles que fueron llamados á filas para tomar parte en la campaña.

“3.º—*Modo de formación del cuerpo expedicionario.*—Los inconvenientes de esa falta de instrucción fueron, por lo demás, atenuados en lo posible por la atención que se puso en no enviar á Africa mas que unidades contituidas—brigadas de cazadores, división de Madrid—, en lugar de recurrir al procedimiento, varias veces reconocido defectuoso, de los batallones, regimientos, formados en el momento de la necesidad por fracciones procedentes del conjunto de las fuerzas militares del país. Para la organización de las divisiones Sotomayor y Ampudia, se procuró conciliar el envío de unidades completas con el cuidado de repartir equitativamente las cargas de la campaña entre todos los distritos del Reino.

“4.º—*Dirección de las operaciones.*—Varios escritores militares españoles han reprochado al gobernador de Melilla el haber hecho ocupar, el 9 de julio, las posiciones de Sidi Musa, y Sidi Amed el Hach, que fueron encontradas muy defectuosas más tarde. Parece que la solución adoptada fué impuesta por el giro de los sucesos, por el carácter de simple operación de policía que revistió al principio la acción de las tropas españolas. Sin embargo, acaso en previsión de que se extendiera el movimiento insurreccional hubiera sido prudente, desde el comienzo de la campaña, haber enviado al macizo del Gurugú algunas compañías, que habrían puesto las posiciones conquistadas el 9 al abrigo de los insultos de los rifeños y preparado la acción de los refuerzos sobre ese punto. Por lo demás, las operaciones fueron llevadas con mucho método, algunas veces también con una prudencia quizás exagerada. La toma de Nador, seguida enseguida por la de Zeluán, demuestra que en el mando español se sabía obrar con vigor y decisión cuando llegaba la ocasión.

“5.º—*Acción combinada de las tres armas.*—Poco hay que observar en una campaña en la que uno de los adversarios carecía de toda organización militar regular y no poseía artillería. Los rifeños, naturalmente, trataron de evitar los efectos destructores de las piezas españolas, operando en orden disperso, efectuando sus marchas de aproximación á favor de la noche, atrayendo el combate fuera de la zona de acción de la artillería, ó finalmente ejecutando vigorosos retornos ofensivos cuando la infantería privaba el tiro á la artillería (zoco el Jemis). En los más de los encuentros, los españoles comenzaron por hacer intervenir sus baterías contra los grupos enemigos, los cuales se desenfilaban enseguida detrás de los accidentes del terreno y cesaban su fuego. La misión de la artille-

ria se consideraba entonces como terminada; la infantería avanzaba y recibía generalmente con sus solas fuerzas el choque del adversario, cuando éste, saliendo de sus abrigos, se precipitaba hacia adelante profiriendo sus gritos de guerra.

“6.º—*La caballería y la seguridad de las columnas.*—El cuerpo expedicionario disponía el 15 de septiembre de once escuadrones, y un mes más tarde de diecisiete escuadrones, proporción muy fuerte si se tiene en cuenta el carácter montañoso del teatro de la guerra. Esa caballería casi nunca fué lanzada delante de las columnas para que desempeñara los cometidos de reconocimiento y seguridad que le confían nuestros reglamentos. Los escuadrones eran generalmente repartidos entre los escalones de las columnas (vanguardia, grueso y retaguardia), destacando al frente ó á los flancos, patrullas que se alejaban poco más allá del alcance de los fusiles de infantería, y no procuraban, por consiguiente, más que una zona de seguridad exageradamente restringida. Por el contrario, cuando la ocasión se presentó ó cuando las circunstancias lo exigieron, los escuadrones cargaron al enemigo con una bravura y una temeridad dignas de las tradiciones de la nación española.

“7.º—*La infantería y el servicio de avanzadas.*—Las unidades en reposo, campamento ó vivac, hicieron descansar su seguridad mucho menos sobre un servicio de avanzadas bien organizado, que sobre el empleo combinado de las defensas accesorias (alambradas generalmente) y de proyectores eléctricos; en todo caso, los centinelas no fueron destacados más que á una muy pequeña distancia de la tropa que cubrían. De aquí las alertas frecuentes que á veces mantuvieron en jaque hasta una división entera durante toda una noche (Nador, 18 de octubre). En lo que concierne al combate, parece que la infantería llegó á Melilla sin doctrina, dividida en dos escuelas: el orden disperso y el orden cerrado. Después de la sangrienta experiencia del 27 de julio, cuando el general Pintos condujo su brigada al ataque del Gurugú en líneas de columnas de compañía, la acción por pequeños grupos que utilizaban bien el terreno fué el método normal.

8.º—*Ametralladoras.*—La ametralladora, esa arma sin nervios, prestó los mayores servicios y dió todos los resultados que de ella se esperaban. Muy hábilmente dispuestas en las posiciones de Sidi Musa, Atalayón, Sidi Amed el Hach, las cuatro piezas de la brigada Imaz inflingieron á los rifeños pérdidas terribles que les impresionaron. El 27 de julio, gracias á esas dos secciones de ametralladoras, los restos de la brigada Pintos no fueron destruidos. El 20 de septiembre, en el combate de Taxdirt, una sección de dos piezas apoyó el ataque de la brigada Alfau; dos días después, las ametralladoras de la división Sotomayor encontraron ocasión para intervenir útilmente en el momento que los rifeños abandonaban la meseta del zoco El Had. Tal vez con una mayor elasticidad, una

más grande costumbre de su empleo, hubiese sido posible situar esas piezas más cerca de la línea de fuego de la infantería, de modo que suplieran la acción de la artillería cuando el tiro de ésta quedaba cubierto.

"9.^o—*Artillería*.—Si la proporción de artillería en las unidades enviadas á Melilla fué relativamente débil, para 6.400 fusiles la primera división no tenía más que doce cañones, ó sea 2 por 1.000 aproximadamente, en compensación se la empleó con grande amplitud; las baterías de montaña en un país desprovisto de comunicaciones, fueron de un auxilio precioso; en cuanto á las baterías de campaña Schneider-Canet, resultaron de un mecanismo muy sencillo; permitió al personal, al principio poco familiarizado con el manejo de esta pieza, obtener muy pronto de ella el mejor rendimiento.

"10.—*Ingenieros*.—Merece señalarse la fuerte dotación del cuerpo expedicionario en tropas de ingenieros. Gracias á la presencia de una compañía de telégrafos en cada brigada mixta ó división, los enlaces, cuya importancia ha aumentado extraordinariamente en la guerra moderna, quedaron asegurados de un modo notable, sea por el heliógrafo y el teléfono en el curso del combate, sea por el telégrafo entre los diferentes puestos avanzados.

"A la compañía de aerostación se deben los primeros informes sobre la configuración del famoso Gurugú, y durante ciertas operaciones se obtuvieron noticias y datos del enemigo, gracias á las observaciones efectuadas en el globo y transmitidas inmediatamente por medio del teléfono al comandante en jefe.

"11.—*Servicio de sanidad*.—Este servicio fué, al parecer, el único que dió lugar á quejas: la insuficiencia demostrada sólo se refiere únicamente á los medios de transporte de los heridos en el campo de batalla. El cuerpo expedicionario tenía un personal médico cuya ciencia y abnegación estuvieron siempre á la altura de las circunstancias, el funcionamiento de los puestos de socorro y del servicio regimentario en general no reveló grandes deficiencias; pero, por carecerse del suficiente número de acémilas y artolas para los heridos graves, muchos de estos últimos debieron ser evacuados á brazos desde el terreno del combate hasta los hospitales de Melilla.

"Aparte de este defecto, los diversos servicios del cuerpo expedicionario pudieron hacer frente á las necesidades de las tropas, aún en las circunstancias más difíciles de la campaña.

"En cuanto terminaron las operaciones, los españoles se preocuparon de reducir al mínimo el efectivo de las tropas necesarias para asegurar el mantenimiento del orden y la seguridad en el país ocupado; con ese objeto, las posiciones más favorables han sido reforzadas por la fortificación; caminos nuevos sirven para enlazar esas posiciones con la plaza de

Melilla, están en vias de organización tropas indígenas con cuadros españoles, con el encargo de asegurar la policía local, etc."

NUEVO CONCEPTO DE LA ENSEÑANZA MILITAR

(Conclusión)

Exámenes. Tal como actualmente se hallan constituidos no son sino destellos de un conocimiento superficial y efectista; con su aparatoso anuncio y sus programas de catecismo tienen todo el aspecto de una lotería.

Como el examen es la recompensa, el alumno encamina sus trabajos á culminar en aquel momento á costa de una excitabilidad perniciosa; una vez concluida esa mascarada se esfuman las ideas amontonadas, se desprenden las hojas de ese diccionario vivo y toda la enciclopedia huye veloz del cerebro.

De nuestro programa borraré el examen, sustituyéndolo por una nota final que acusa una potencia activa y vigorosa, una meditación paciente y penetrante, una crítica severa y ordenada; aspiramos con nuestra fórmula á que el alumno sienta la realidad de su valer y que posea aptitud de investigación.

El examen lo sustituimos por la lectura de una nota que sea la resultante de todas las mensuales; el atracón final con todo su cortejo de desórdenes cerebrales y de confuso resurgimiento de ideas será reemplazado por una justa evaluación, alentador homenaje al diario esfuerzo y castigo merecido á las medianías inevitables.

Clases y horas de estudio. Como quiera que en su ejercicio es donde se cumple el desarrollo intelectual, es preciso conceder á esta función las mayores garantías posibles; la libertad y la espontaneidad más extensas dentro de la disciplina menos opresora deben ser sus factores; la rigidez en los movimientos debe desaparecer por cuanto esclaviza la atención y altera el equilibrio nervioso, cuyo funcionamiento ha de ser natural para que las facultades volitivas é intelectivas se ostenten en toda su pujanza.

Las clases de corta duración templan la voluntad y mantienen vigorosa la personalidad consciente del estudiante; las prácticas de esas mismas clases, coexistentes con estas, comunican claridad á las ideas transportándolas á las células con ordenamiento y lucidez; la correlación entre la cantidad de estudio y el tiempo de meditación puede influir en la solidez de la enseñanza ó en su lenta anulación.

En nuestro programa figuran 10 horas de estudio distribuidas de este modo: una hora en primeras clases con otra de prácticas á continuación y dos horas de estudio para las materias de esa clase; segundas clases, en

la misma forma; y una hora de terceras clases (sin prácticas) con una hora de estudio.

Las horas de estudio más á propósito son las de la mañana; es sabido que hacia las 5 de la tarde se inicia un descenso en la temperatura de la sangre y que ésta, durante la noche, tiende á impurificarse. Por consiguiente, la mayor cantidad de estudio se tendrá en las horas de la mañana, cuando es más intenso el esfuerzo intelectual; y la mínima cantidad durante la noche, porque se aumenta la irritabilidad y la aplicación resulta menos intensa; los trabajos mentales deben ejecutarse en el estudio matutino y los materiales en el nocturno.

Libros de texto. Nuestra opinión es contraria á su existencia en las Academias; entendemos que solo debieran publicarse cada dos años los programas, adaptados á la evolución de la enseñanza y sirviendo como jalones de estudio únicamente.

Para ayudar al alumno en su trabajo el profesor dividirá la hora de clase en dos partes: una para cerciorarse del adelanto de aquél y ponerle en la cartera su censura; otra para explicar la conferencia próxima en términos generales.

Recompensas. Serán todo lo más amplias y de utilidad para la carrera.

A los dos primeros números de la promoción se les otorgarán 1.500 pesetas, á fin de que durante cuatro meses practiquen en la nación cuyo idioma hubiesen cursado; además, los números primero de promoción ostentarán un distintivo especial.

Con objeto de fomentar la emulación, anualmente se celebrarán certámenes referentes á las diversas asignaturas; á ellos podrán concurrir todos los alumnos, escribiéndose las memorias durante un tiempo determinado y solo con elementos que figuren en la Biblioteca de la Academia; los premios serían solicitados de Generales ú Oficiales del Arma y de este modo irían grabadas en el ánimo del premiado la satisfacción y la gratitud.

Campamento. Se verificará en la primavera concentrándose en él los alumnos de la Escuela Superior de Guerra y de las Academias militares.

Las prácticas durarán un mes completo, destinándose 15 días á los ejercicios aislados y los restantes á maniobras de conjunto; así, cada alumno aprendería el funcionamiento de su Arma aisladamente y en combinación con las demás.

La práctica de campamento habría de ser indispensable para la promoción á oficial, hasta el punto de que el alumno que no hubiese asistido á dos campamentos completos no se le concedería el ascenso á oficial.

Festejos. Se celebrarán en dos épocas del curso: una, al principio para recibir á los neófitos; y otra, para despedir á los que fuesen promovidos al empleo de oficial.

Los primeros tendrían carácter íntimo; los segundos serían de exteriorización.

Horario. De acuerdo con las ideas sustentadas, he aquí el que aceptamos:

5 Diana.—Levantarse y baño,

6¹/₄ á 9¹/₄ Primer estudio (mental).

9¹/₄ á 9 Aseo personal. (Suprimimos la revista personal que se substituirá por la constante inspección; el alumno que fuere despeinado se castigará ordenándole cortar el pelo, y el desaseado con medios apropiados).

9 á 9¹/₂ Desayuno.

9¹/₂ á 10¹/₂ Primeras clases teóricas.

11¹/₄ á 12¹/₄ Id. prácticas.

12 á 1 Gimnasia, equitación, etc.

1 á 2¹/₄ Comida.

2¹/₄ á 3¹/₄ Terceras clases.

3¹/₂ á 4¹/₂ Segundas clases teóricas.

5¹/₄ á 6¹/₄ Id. prácticas.

6¹/₄ á 6 Aseo personal.

6 á 8¹/₄ Paseo.

8¹/₄ Escuadra.

8 á 9 Segundo estudio (material).

9 Cena.

10 Silencio.

(Concluirá)

ANTONIO GARCIA PEREZ

Capitán Profesor en la Academia de Infantería,
con la aptitud acreditada de E. M.